

Ambrose Bierce

Ambrose Bierce

99 Fábulas fantásticas

Título original: *Fantastic Fables*

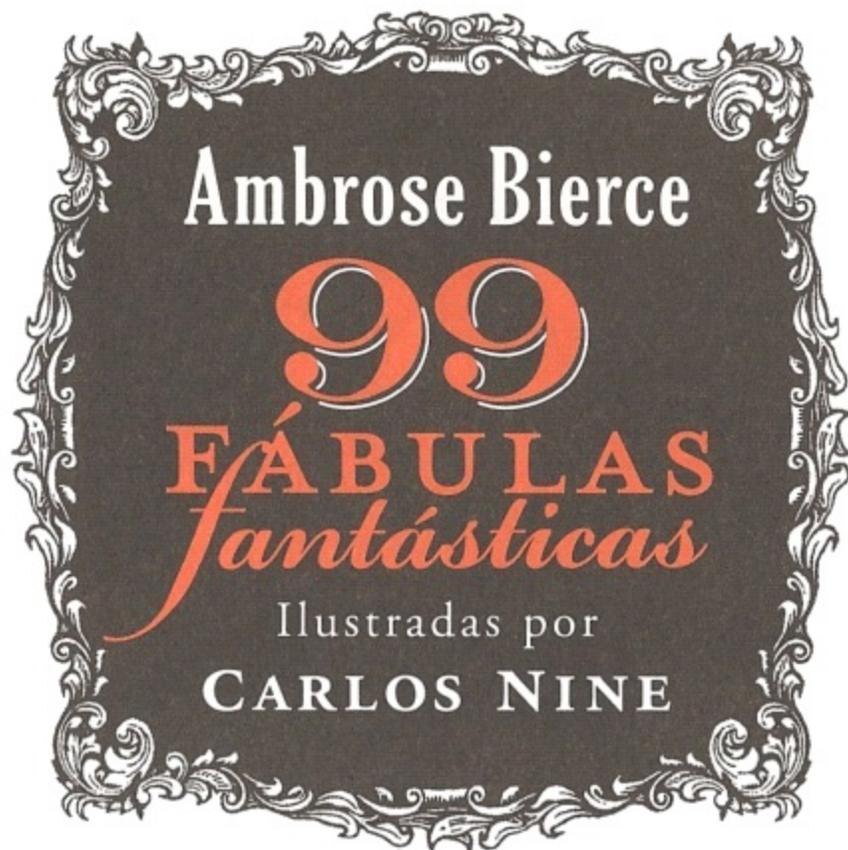
Ambrose Bierce, 1899

Traducción: Marcial Souto

Ilustraciones: Carlos Nine

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Ambrose Bierce

99

FÁBULAS

Fantásticas

Ilustradas por

CARLOS NINE





LAS FÁBULAS



1. El Principio Moral y el Interés Material

Un Principio Moral se encontró con un Interés Material en un puente tan estrecho que sólo permitía el paso de uno de los dos.

—¡Al suelo, cosa vil! —tronó el Principio Moral—. ¡Te pasaré por encima!

El Interés Material se limitó a mirar al otro a los ojos sin hablar.

—Ah —dijo el Principio Moral, vacilante—, sorteemos quién se aparta y quién pasa primero.

El Interés Material mantuvo el cerrado silencio y la firme mirada.

—Para evitar un conflicto —prosiguió el Principio Moral, un poco incómodo—, me tiraré al suelo y tú me pasarás por encima.

Entonces el Interés Material encontró una voz, que por extraña coincidencia era la suya.

—Como alfombra no eres gran cosa —dijo—. Soy un poco exigente con lo que piso. Prefiero que te tires al agua.

Eso ocurrió.

2. La máquina voladora

Un Hombre Ingenioso que había construido una máquina voladora invitó a un grupo numeroso de personas a verla subir. A la hora señalada, con todo preparado, el hombre entró en la máquina y la puso en marcha. El aparato atravesó enseguida el suelo firme sobre el cual había sido construido y se hundió en la tierra perdiéndose de vista; el aeronauta apenas logró saltar fuera y ponerse a salvo.

—Bueno —dijo—, he hecho todo lo necesario para demostrar la corrección de mis cálculos. Los defectos —agregó, echando una mirada al suelo roto— son apenas básicos y fundamentales.

Tras esa declaración, los espectadores se le acercaron con donativos para construir una nueva máquina.

3. El Patriota Ingenioso

Tras obtener audiencia con el Rey, un Patriota Ingenioso sacó un papel del bolsillo y dijo:

—Majestad, tengo aquí una fórmula para construir blindajes que ninguna bala de cañón podrá perforar. Si la Armada Real los adopta, nuestros barcos de guerra serán invulnerables y por lo tanto invencibles. Aquí están, también, los informes de los ministros de su Majestad que dan fe del valor de mi invento. Cederé mis derechos por un millón de tuntunes.

El Rey examinó los documentos, los apartó y prometió al hombre que daría al tesorero mayor del Departamento de Extorsiones la orden de pagarle un millón de tuntunes.

—Y aquí —dijo el Patriota Ingenioso, sacando otro papel de otro bolsillo— están los planos de un cañón que he inventado y que perforará ese blindaje. El real hermano de vuestra Majestad, el Emperador de Bang, tiene mucho interés en comprarlos, pero mi lealtad al trono y a la persona de vuestra Majestad me obliga a ofrecerlos primero a vos. El precio es un millón de tuntunes.

Después de recibir la promesa de un nuevo cheque, el inventor metió la mano en otro bolsillo.

—El precio del cañón irresistible —observó— habría sido mucho mayor, Majestad, si no resultara tan fácil desviar las balas usando mi tratamiento especial de los blindajes con un novedoso...

El Rey llamó por señas al Gran Factótum.

—Registra a este hombre —ordenó—, y dime cuántos bolsillos tiene.

—Cuarenta y tres, señor —dijo el Gran Factótum al concluir su trabajo.

—Majestad —gritó el Patriota Ingenioso, aterrorizado—, uno de ellos contiene tabaco.

—Cuélgalo de los tobillos y sacúdelo —dijo el Rey—; después dale un cheque por cuarenta y dos millones de tuntunes y ejecútalo. Hecho eso, prepara un decreto donde se declare el ingenio delito capital.

4. El Funcionario Escrupuloso

Mientras el Jefe de un ramal de ferrocarril cumplía esmeradamente con su trabajo de colocar obstáculos en las vías y manipular las agujas, recibió la noticia de que el Presidente de la compañía estaba a punto de despedirlo por incompetente.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—; hay más accidentes en mi zona que en el resto de la línea.

—El Presidente es muy quisquilloso —dijo el Hombre que había traído la noticia—; piensa que se puede provocar la misma pérdida de vidas sin necesidad de dañar las propiedades de la compañía.

—¿Qué espera? ¿Que mate a tiros a los pasajeros por las ventanillas del tren? —exclamó el indignado Funcionario, clavando una traviesa floja en las vías—. ¿Me toma por un asesino?



5. La mujer estúpida

Una Mujer Casada, cuyo amante iba a corregirse huyendo, consiguió una pistola y lo mató.

—¿Por qué hizo eso, señora? —le preguntó un Policía que pasaba por el lugar.

—Porque —respondió la Mujer Casada— era un hombre malvado y había comprado un billete para viajar a Chicago.

—Hermana —dijo solemne un Clérigo que también pasaba por allí—, matándolos no puedes impedir que los malvados vayan a Chicago.

6. Padre e Hijo

—Hijo mío —dijo un anciano Padre a su fogoso y desobediente Hijo—, el mal carácter es tierra fértil para el remordimiento. Prométeme que la próxima vez que te enfurezcas contarás hasta cien antes de actuar o hablar.

Apenas el Hijo hubo terminado de hacer la promesa, recibió del bastón paterno un doloroso golpe, y cuando llevaba contado hasta setenta y cinco tuvo la desdicha de ver cómo el viejo subía a un coche que había allí esperando y se alejaba a toda velocidad.

7. Los cañones de madera

Un regimiento de artillería de la milicia de un Estado solicitó al Gobernador cañones de madera para practicar.

—Los cañones de madera —explicaron— serán más baratos que los verdaderos.

—Nadie podrá decir nunca que sacrifiqué la eficiencia por la economía —dijo el Gobernador—. Tendrán cañones verdaderos.

—Gracias, gracias —exclamaron entusiasmados los guerreros—. Los cuidaremos mucho, y en caso de guerra los devolveremos al arsenal.

8. El hozador ineficaz

Un Borracho estaba tendido en el camino sangrando por la nariz, sobre la que se había caído, cuando pasó por allí un Cerdo.

—Te revuelcas bastante bien —dijo el Cerdo—, pero, amigo, mucho tienes que aprender sobre el arte de hozar.

9. El Santo Diácono

Un Predicador Ambulante, que durante horas había trabajado con ahínco en la viña de la virtud, susurró al oído de un Santo Diácono de la iglesia local:

—Hermano, estas gentes te conocen, y tu apoyo activo rendirá abundantes frutos. Pasa tú el plato, y te daré la cuarta parte.

Así lo hizo el Santo Diácono, y tras meterse el dinero en el bolsillo esperó a que se marcharan los feligreses y entonces le dio las buenas noches.

—¡Pero el dinero, hermano, el dinero que reuniste! —le recordó el Predicador Ambulante.

—No hay nada para ti —fue la respuesta—; el Adversario les ha endurecido el corazón y sólo han dado una cuarta parte.

10. El aciago destino del poeta

Caminaba un Objeto por la calzada real envuelto en una profunda meditación y con poco más puesto cuando de repente se encontró a las puertas de una extraña ciudad. Al solicitar permiso para entrar lo arrestaron por transgredir las ordenanzas y lo llevaron ante el Rey.

—¿Quién eres —preguntó el soberano— y a qué te dedicas?

—Narizota el Ratero —se apresuró a inventar el Objeto—; carterista.

El Rey iba a dar la orden de que lo dejaran en libertad cuando el Primer Ministro sugirió que examinaran los dedos del prisionero. Descubrieron que tenía las puntas muy aplanadas y encallecidas.

—¡Ja! —exclamó el Rey—. Ya lo sabía: es adicto a contar sílabas. Es un poeta. Llévalo ante el Disuasor Supremo del Hábito Mental.

—Mi señor —dijo el Inventor de Castigos Ingeniosos—, me permito sugerir un infortunio más intenso.

—¿Cuál? —preguntó el Rey.

—¡Dejarle esa cabeza!

Fue lo que se ordenó.



11. El hombre que no tenía enemigos

Una Persona Inofensiva que caminaba por un lugar público fue atacada y ferozmente golpeada con un garrote por un Desconocido.

Cuando el Desconocido del garrote fue llevado a juicio, el demandante dijo al Juez:

—No sé por qué me atacó; no tengo un solo enemigo en el mundo.

—Por eso le pegué —dijo el acusado.

—Suelten al prisionero —ordenó el Juez—. Un hombre que no tiene enemigos no tiene amigos. Los tribunales no están hechos para esas personas.

12. La ciudad de la Distinción Política

Impaciente por entrar en la Ciudad de la Distinción Política antes del anochecer, Jamrach el Rico llegó a una bifurcación del camino y no supo en qué dirección seguir; consultó entonces a una Persona de Aspecto Sabio sentada al borde de la calzada.

—Sigue por aquel camino —dijo la Persona de Aspecto Sabio, señalando—; se lo conoce como Vía de la Política.

—Gracias —dijo Jamrach, a punto de ponerse en marcha.

—¿Cuánto es «gracias»? —fue la respuesta—. ¿Crees que estoy aquí por cuestiones de salud?

Como Jamrach no se había vuelto rico por estupidez, entregó algo al guía y siguió su camino, y pronto llegó a un peaje atendido por un Caballero Benévolo, a quien dio algo para que le franqueara el paso. Un poco más adelante se encontró con un puente que atravesaba un río imaginario, donde un Ingeniero Civil (que había construido el puente) le exigió algo para recuperar su inversión, a lo que él accedió. Era tarde cuando Jamrach llegó a la orilla de lo que parecía ser un lago de tinta negra, y allí concluía el camino. Al ver a un Barquero en una lancha, le pagó para que lo llevara al otro lado y se dispuso a embarcar.

—No —dijo el Barquero—. Mete el cuello en esta soga y te remolcaré. Es la única manera —agregó, viendo que el pasajero estaba a punto de quejarse de las condiciones.

Al fin llegó a la otra orilla, medio estrangulado y muy embadurnado por las feculentas aguas.

—Bueno —dijo el Barquero, sacándolo del agua y aflojándole la soga—, ahora estás en la Ciudad de la Distinción Política. Hay aquí cincuenta millones de habitantes, y como el color del Charco Inmundo no sale con nada, todos tienen el mismo aspecto.

—¡Ay! —exclamó Jamrach, llorando la pérdida de todas sus posesiones, gastadas en propinas y peajes—. Regresaré contigo.

—No creo que puedas hacerlo —dijo el Barquero, alejándose de la orilla—; esta ciudad está situada en la Isla Sin Retorno.



13. La vela carmesí

En el lecho de muerte, un hombre llamó a su mujer y le dijo:

—Pronto te dejaré para siempre; dame, por lo tanto, una última prueba de afecto y fidelidad, ya que según nuestra santa religión un hombre casado, para poder entrar en el cielo, debe jurar que nunca se ha manchado con una mujer indigna. En mi mesa encontrarás una vela carmesí que fue bendecida por el sumo sacerdote y tiene un especial significado místico. Júrame que mientras esa vela exista no te volverás a casar.

La Mujer juró y el Hombre murió. Durante el funeral, la Mujer no se apartó de la cabecera del féretro, sosteniendo en la mano una vela carmesí encendida hasta que se consumió del todo.

14. La Zarigüeya del Futuro

Un día, una Zarigüeya que había dormido colgada por la cola de la rama más alta de un árbol, despertó y vio a una inmensa Serpiente enroscada en la rama, entre ella y el tronco del árbol.

Si sigo aquí, se dijo la Zarigüeya, la Serpiente me tragará; si me dejo caer, me romperé la crisma.

Pero de repente se le ocurrió que podía fingir.

—Refinada amiga —dijo—, mi instinto maternal reconoce en ti una noble prueba e ilustración de la teoría de la evolución. Tú eres la Zarigüeya del Futuro, el último y más apto sobreviviente de nuestra especie, el maduro resultado del progresivo desarrollo prensil: ¡todo cola!

Pero la Serpiente, orgullosa de su antiguo renombre en la historia bíblica, era estrictamente ortodoxa, y no aceptó el punto de vista científico.

15. El diplomático inalterado

Durante muchos años la república de Madagonia había estado muy bien representada en la corte del Rey de Patagascar por un oficial con el grado de dazí, pero un día el Parlamento madagonio le confirió el rango superior de dandi. Al día siguiente, después de recibir la noticia de esa nueva dignidad, se apresuró a informar del cambio al Rey de Patagascar.

—Ah, sí, entiendo —dijo el Rey—: te han ascendido y te han aumentado el sueldo y el complemento para gastos. Te han asignado más fondos.

—Sí, Majestad.

—Y ahora tienes dos cabezas, ¿verdad?

—Oh, no, Majestad... sólo una, os lo aseguro.

—¿De veras? ¿Y cuántas piernas y brazos?

—Dos y dos, señor... sólo dos y dos.

—¿Y sólo un cuerpo?

—Sí, sólo un cuerpo, como podéis ver.

El monarca se quitó la corona, pensativo; se rascó la real cabeza y tras un momento de silencio dijo:

—Tengo la sensación de que están tirando el dinero. Me pareces el mismo idiota de antes.

16. El regreso del californiano

Colgaron a un hombre del pescuezo hasta que murió.

—¿De dónde vienes? —le preguntó San Pedro cuando el Hombre se presentó a las puertas del cielo.

—De California —respondió el aspirante.

—Entra, hijo, entra; traes alegres noticias.

Cuando el Hombre estuvo dentro, San Pedro buscó su bloc de notas y escribió:

16 de febrero de 1893.

California ocupada por los cristianos.

17. Los socorristas

Setenta y cinco Hombres se presentaron al Presidente de la Sociedad Humanitaria y reclamaron la gran medalla de oro que se confería a los salvadores de vidas.

—Sí, por supuesto —dijo el Presidente—. Con esmerado esfuerzo, tantos hombres deben de haber salvado un número considerable de vidas. ¿Cuántas habéis salvado?

—Setenta y cinco, señor —dijo el portavoz del grupo.

—Ah, entiendo, eso significa una cada uno; muy buen trabajo, de veras —dijo el Presidente—. No sólo recibiréis la gran medalla de oro de la Sociedad sino que seréis recomendados para empleos en los diversos puestos de salvamento de la costa. Pero ¿cómo hicisteis para salvar tantas vidas?

—Somos agentes de la ley —respondió el portavoz—, y acabamos de abandonar la persecución de dos bandidos asesinos.

18. El todo perro

Un León, al ver a un Caniche, se echó a reír ante un espectáculo tan ridículo.

—¿Dónde se ha visto un animal tan pequeño? —dijo.

—Tiene usted mucha razón —dijo el Caniche, con austera dignidad—; pero le suplico que observe, señor, que soy todo perro.

19. Los Dos Poetas

Dos Poetas peleaban por la Manzana de la Discordia y el Hueso de la Disputa, pues tenían mucha hambre.

—Hijos míos —dijo Apolo—, repartiré los premios entre los dos. Tú —le dijo al Primer Poeta— sobresaes en Arte: toma la Manzana. Y tú —le dijo al Segundo Poeta— en Imaginación: toma el Hueso.

—¡Al Arte el mejor premio! —dijo el Primer Poeta, con voz triunfal, y al intentar devorar su premio se rompió todos los dientes. La Manzana era una obra de Arte.

—Eso demuestra el desprecio de nuestro Amo por el mero Arte —dijo el Segundo Poeta, sonriendo.

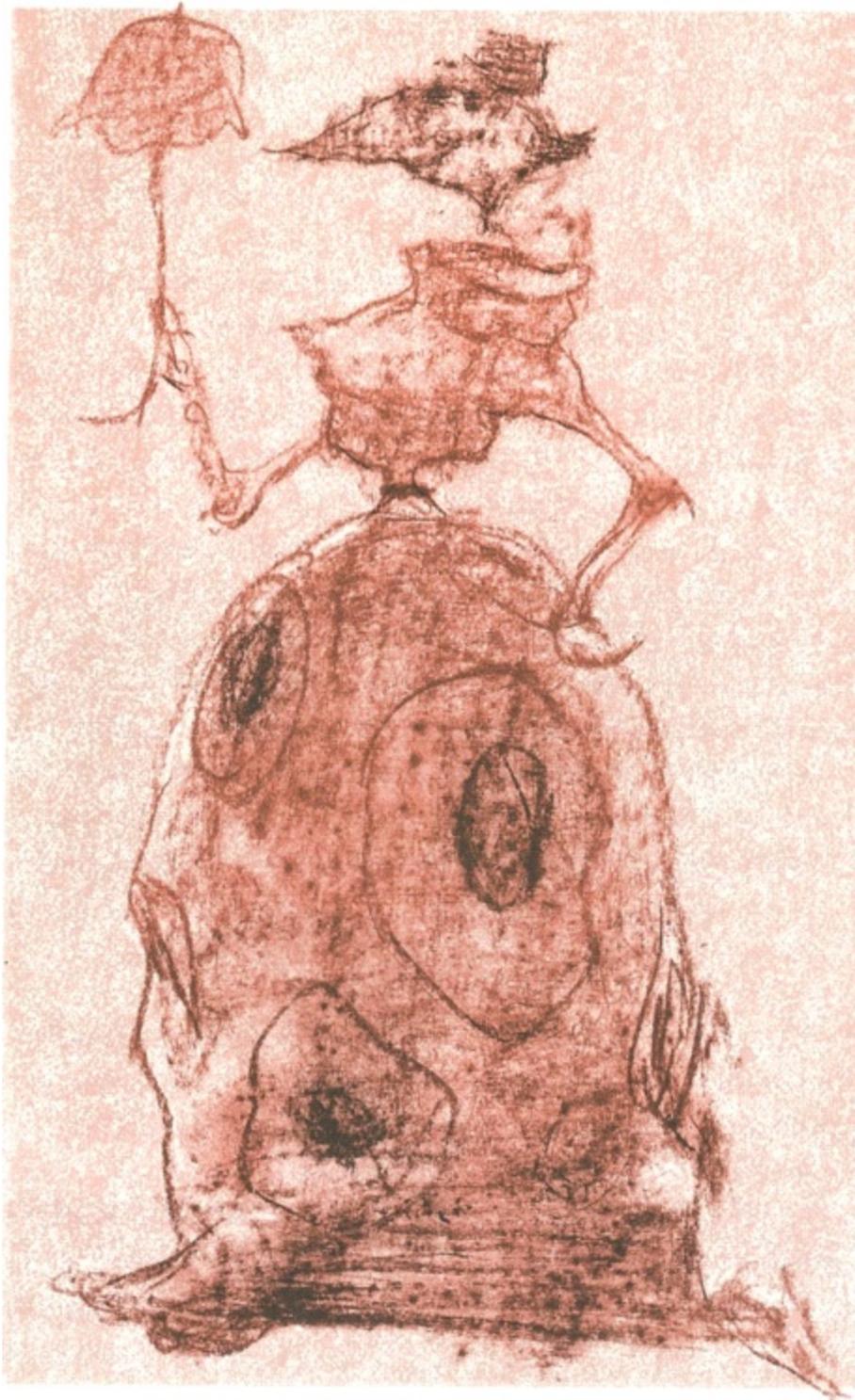
Entonces intentó roer su Hueso, pero los dientes lo atravesaron sin encontrar resistencia. Era un Hueso Imaginario.

20. La sombra del Caudillo

Un Caudillo político andaba paseando un día de sol cuando advirtió que su Sombra lo abandonaba y se alejaba con rapidez.

—¡Vuelve aquí, canalla! —gritó el hombre.

—Si fuera canalla —respondió la Sombra, aumentando la velocidad—, no te habría abandonado.



21. La Rata sagaz

Una Rata que estaba a punto de salir de su agujero alcanzó a ver a un Gato que la esperaba, y entonces descendió hasta la colonia, en el fondo del agujero, e invitó a una Amiga a hacer una visita a un granero cercano.

—Podría haber ido sola —dijo—, pero no quería negarme el placer de tan distinguida compañía.

—Muy bien —dijo la Amiga—, te acompañaré. Adelante.

—¿Adelante? —exclamó la otra—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué yo vaya delante de una rata tan grande y tan ilustre como tú? De ninguna manera. Primero tú.

Satisfecha por tan admirable muestra de respeto, la Amiga caminó delante y, al ser la primera en salir del agujero, fue atrapada por el Gato, que se alejó enseguida con ella en la boca. La otra salió entonces muy tranquila.

22. El corcel de la bruja

Una Escoba que durante mucho tiempo había servido como corcel de una bruja, se quejó de la naturaleza de su empleo, que consideraba degradante.

—Muy bien —dijo la Bruja—, te daré un trabajo en el que entrarás en contacto con el intelecto, con el cerebro. Te regalaré a un ama de casa.

—¿Qué?! —dijo la Escoba—. ¿Consideras que las manos de un ama de casa son intelectuales?

—Me refería —dijo la Bruja— a la cabeza del bueno de su marido.

23. Cuestión de método

Un Filósofo, al ver a un Tonto que golpeaba a un Asno, dijo:

—Detente, hijo, detente; te lo imploro. Quienes recurren a la violencia, sufrirán violencia.

—Eso —dijo el Tonto, apaleando sin descanso al animal— es lo que le estoy tratando de enseñar a esta bestia, que me ha pateado.

—No hay duda —se dijo el Filósofo, mientras se alejaba— de que la sabiduría de los tontos no es más profunda ni más auténtica que la nuestra, pero parece que los tontos saben impartirla de un modo más impresionante.

24. Dos Médicos

Un Viejo Malvado se enfermó y mandó llamar a un Médico que le recetó algo y se fue. Después el Viejo Malvado mandó llamar a otro Médico (al que no le habló del primero), y éste le dio un tratamiento totalmente distinto.

Así continuaron las cosas, durante semanas: los médicos se alternaban y lo trataban por dos enfermedades diferentes, con crecientes dosis de remedios y cuidados más rigurosos. Pero un día los dos médicos se encontraron accidentalmente junto a la cama del enfermo, mientras éste dormía, y al conocerse la verdad se produjo una violenta disputa.

—Mis buenos amigos —dijo el paciente, despertado por el ruido de la discusión y después de entender qué era lo que pasaba—, por favor sed más razonables. Si os pude aguantar durante semanas, ¿no podéis los dos aguantaros mutuamente un instante? Hace diez días que me siento bien, pero me he quedado en cama con la esperanza de recuperar, a fuerza de reposo, las energías que, se supone, me deberían dar vuestros remedios. Hasta el momento no los he probado.

25. Hombre de Principios

Durante una tormenta el Guardián de un Zoológico vio cómo un Hombre de Principios se guarecía bajo un avestruz, que había desplegado toda su estatura para dormirse.

—Pero señor —dijo el Guardián—, si teme mojarse le recomiendo meterse en la bolsa de aquella canguro, la *Saltarix mackintosha*, ya que si esa avestruz se despierta lo matará a patadas en un minuto.

—No lo puedo remediar —respondió el Hombre de Principios, con ese altivo desprecio por las consideraciones prácticas que distingue a su especie—. Que me mate a patadas si así lo desea, pero mientras tanto me protegerá de la tormenta. Se ha tragado mi paraguas.

26. El Consejo del Correccional

Sospechosos de designar maestras a cambio de indecorosas recompensas, los miembros del Consejo del Correccional de Doosnoswair fueron reemplazados por un Consejo totalmente compuesto por mujeres. En pocos años terminó el escándalo: no quedó una sola maestra en el departamento.

27. El médico compasivo

Un Médico Bondadoso, sentado a la cabecera de un paciente atacado por un incurable y doloroso mal, oyó un ruido a sus espaldas, y al volverse vio a un gato que se reía de los débiles esfuerzos de un ratón herido que se arrastraba por la habitación.

—¡Bestia cruel! —exclamó el Médico—. ¿Por qué no actúas como un caballero y lo matas de una vez?

Se levantó, echó al gato a patadas, recogió compasivo al ratón y, para que no sufriera más, lo sacrificó arrancándole la cabeza. Convocado de nuevo a la cabecera por los quejidos del paciente, el Médico Bondadoso le administró un estimulante, un tónico y un nutriente y se fue.

28. La Cola de la Esfinge

Un Perro taciturno le dijo a su Cola:

—Cuando me pongo furioso, te levantas y te erizas; cuando estoy contento, te mueves; cuando me asusto, te me metes entre las patas. Eres demasiado volátil: revelas todas mis emociones. Mi idea es que todas las colas deberían ocultar los pensamientos. Mi mayor ambición consiste en ser tan impasible como la Esfinge.

—Amigo, tienes que reconocer las leyes y las limitaciones de tu ser —respondió la Cola, acompañando los sentimientos expresados con adecuadas flexiones—, y alcanzar la grandeza de alguna otra manera. La Esfinge reúne ciento cuarenta y nueve requisitos de los que tú careces.

—¿Cuáles son esos requisitos? —preguntó el Perro.

—Ciento cuarenta y nueve toneladas de arena en la cola.

—¿Y...?

—Y una cola de piedra.



29. El Cadí Honrado

Un Ladrón que había despojado a un Mercader de mil piezas de oro fue llevado ante el Cadí, quien le preguntó si tenía algo que declarar para no ser decapitado.

—Señoría —dijo el Ladrón—, no pude evitar llevarme ese dinero, porque así me hizo Alá.

—Tu defensa es ingeniosa y sólida —dijo el Cadí—, y debo absolverte del cargo de criminalidad. Desgraciadamente, Alá también me ha hecho de tal modo que no tengo más remedio que sacarte la cabeza... a menos —agregó, pensativo— que me ofrezcas la mitad del oro, pues Él me ha hecho débil ante la tentación.

El Ladrón puso entonces quinientas piezas de oro en la mano del Cadí.

—Muy bien —dijo el Cadí—. Ahora sólo te sacaré la mitad de la cabeza. Para mostrar mi confianza en tu discreción, dejaré intacta la mitad con la que hablas.

30. La dieta del Pugilista

El Entrenador de un Pugilista consultó a un Médico para preparar la dieta del campeón.

—La carne de vaca es muy tierna —dijo el Médico—; que le den carne de pescuezo de toro.

—Pensaba que la carne de vaca sería más digerible —explicó el Entrenador.

—Eso es muy cierto —dijo el Médico—; pero no le ejercita lo suficiente el mentón.

31. Su Majestad de Cagada de Mosca

Un Distinguido Defensor de las Instituciones Republicanas fue sorprendido mientras metía los pies en el mar.

—¿Por qué no viene a tierra firme? —dijo el Espectador—. ¿Para qué está ahí?

—Señor —respondió el Distinguido Defensor de las Instituciones Republicanas—, se espera la llegada de un barco que trae a Su Majestad el Rey de las Islas de Cagada de Mosca, y quiero ser el primero en estrechar la mano de la corona.

—Pero —dijo el Espectador— usted aseguró en su famoso discurso ante la Sociedad para la Prevención de los Clavos que Asoman en los Tablones de los Andenes que los reyes eran opresores sanguinarios y holgazanes empedernidos.

—Mi querido señor —dijo el Distinguido Defensor de las Instituciones Republicanas, sin apartar los ojos del horizonte—, ¡me sale usted con las cosas más extrañas! Yo hablaba de los reyes en abstracto.

32. La Tripulación de la lancha salvavidas

La Gallarda Tripulación de una estación de socorro estaba a punto de botar su lancha salvavidas para hacer un recorrido de rutina por la costa cuando descubrió que, a poca distancia, había zozobrado una embarcación, y que doce hombres se aferraban a la quilla.

—Por fortuna —dijo la Gallarda Tripulación— hemos visto eso a tiempo. Podríamos haber corrido la misma suerte.

Recogieron entonces la lancha salvavidas y la metieron de nuevo en el cobertizo. Así se preservaron para seguir sirviendo a la patria.

33. Ambición desmedida

El Presidente de una gran Corporación fue a una mercería y descubrió un cartel que decía: «Si no ve lo que quiere, pídale». Se acercó al tendero, que lo había estado observando con atención mientras leía el cartel, e iba a abrir la boca cuando el tendero llamó a un vendedor.

—John, muéstrale el mundo a este caballero.



34. La Viuda devota

Una Viuda que lloraba ante la tumba de su esposo fue abordada por un Atractivo Caballero que, de la manera más respetuosa, le aseguró que, durante mucho tiempo, había abrigado hacia ella los más tiernos sentimientos.

—¡Miserable! —exclamó la Viuda—. ¡Aléjese de mí! ¿Le parece un momento propicio para hablarme de amor?

—Le aseguro, señora, que no era mi intención revelarle mis afectos —explicó el Atractivo Caballero—, pero la fuerza de su belleza ha vencido mi discreción.

—Tendría que verme cuando no lloro —dijo la Viuda.

35. El Anciano y el Alumno

Un Hermoso Anciano encontró a un Alumno de una Escuela Dominical y apoyó la mano tiernamente en la cabeza del joven, diciendo:

—Escucha, hijo, las palabras de los sabios, y sigue el consejo de los rectos.

—Muy bien —dijo el Alumno—; usted dirá.

—Bueno, en realidad yo nada tengo que ver con todo eso —dijo el Hermoso Anciano—. Sólo sigo una de las costumbres de la época. Soy pirata.

Y al levantar la mano de la cabeza del joven, éste último notó que tenía la cabeza ensangrentada. Después el Hermoso Anciano se fue a instruir a otros jóvenes.

36. La cola que chirría

Un Estadista Norteamericano que había retorcido la cola del León Británico hasta que le dolieron los brazos fue finalmente recompensado con un sonido agudo y áspero.

—Sabía que tarde o temprano cedería tu fortaleza —dijo el Estadista Norteamericano, encantado—; tu agonía confirma mi poder político.

—¡No existe tal agonía! —dijo el León Británico, bostezando—. La bisagra de mi cola necesita unas gotas de aceite, eso es todo.

37. Optimista

Dos Ranas, en el vientre de una culebra, comentaban su anómala situación.

—Vaya mala suerte que hemos tenido —dijo una.

—Es muy pronto para sacar conclusiones —dijo la otra—; estamos en un sitio húmedo y no nos falta alojamiento ni comida.

—Lo del alojamiento es cierto —dijo la Primera Rana—; pero no veo lo de la comida.

—Tú siempre protestando —explicó la otra—. La comida somos nosotras.

38. El buscador y el buscado

Un Político, al ver el Pavo gordo que buscaba para la cena, puso en un anzuelo, como carnada, un grano de maíz, y lo arrastró por delante del ave en el extremo de una larga y casi invisible línea. Cuando el Pavo tragó el anzuelo, el Político echó a correr, tirando de la criatura.

—¡Conciudadanos! —gritó, dirigiéndose a algunos criadores de pavos que encontró en el camino—. Observaréis que el hombre no busca al pájaro sino que el pájaro busca al hombre. Por esta cena inesperada y no buscada os quedo agradecido de todo corazón.

39. Derecho perdido

Después de que el Jefe del Servicio Meteorológico predijo buen tiempo para el día, una Persona Astuta se apresuró a sacar a la acera y poner en venta una gran cantidad de paraguas; pero el tiempo no empeoraba y nadie se acercaba a comprar. La Persona Astuta entabló entonces una demanda contra el Jefe del Servicio Meteorológico por el costo de los paraguas.

—Señoría —dijo el abogado del acusado al iniciarse el juicio—, pido que se desestime esta absurda demanda. Mi cliente no sólo no es responsable de la pérdida sino que predijo con la mayor exactitud el hecho que la provocó.

—Ése es el problema, Señoría —respondió el abogado del demandante—: el acusado, al hacer una predicción correcta, engañó a mi cliente de la única manera posible. Sus mentiras han sido tantas y tan conocidas que no tiene derecho legal ni moral a decir la verdad.

Sentencia favorable al demandante.



40. El Jefe del Partido y el Caballero

El Jefe de un Partido se acercó a un Caballero que había visto por allí.

—¿Cuánto pagará por tener un cargo público?

—Nada —respondió el Caballero.

—Pero contribuirá con algo a los fondos de la campaña para promover su elección, ¿verdad? — insistió el Jefe del Partido, guiñándole el ojo.

—No, claro que no —dijo el Caballero, muy serio—. Si la gente quiere que yo trabaje para ella, debe contratarme sin que yo lo solicite. Estoy muy cómodo sin cargos públicos.

—Pero —apremió el Jefe del Partido— ser elegido es una cosa deseable. Servir al pueblo es un gran honor.

—Si ese servicio significa un gran honor —dijo el Caballero—, sería indecente que yo lo buscara; en caso de obtenerlo por mis esfuerzos, no sería honor.

—Bueno —insistió el Jefe del Partido—, espero que por lo menos apoye la plataforma del partido.

El Caballero respondió:

—Es improbable que, sin haberme consultado, sus autores hayan expresado con precisión mis opiniones; y si respaldara su trabajo sin estar de acuerdo con él sería un mentiroso.

—¡Usted es un hipócrita y un idiota! —gritó el Administrador del Partido.

—Ni siquiera su buena opinión acerca de mi idoneidad —respondió el Caballero— logrará convencerme.

41. Celo desmedido

Un tigre antropófago asolaba el Reino de Damnasia, y el Rey, muy preocupado por las vidas y los cuerpos de sus reales súbditos, prometió entregar su hija Zodroura al hombre que matara al animal. Después de varios días Camaraladín se presentó ante el Rey y reclamó su premio.

—Pero ¿dónde está el tigre? —preguntó el Rey.

—Que los asnos canten sobre la tumba de mi tío —respondió Camaraladín— si alguna vez tuve el atrevimiento de acercarme a una legua de ese tigre.

—¡Miserable! —gritó el Rey, desenfundando el quitapenas—. ¿Cómo te atreves a pedir la mano de mi hija si no has hecho nada para ganarla?

—Oh, Rey, tú eres más sabio que Solimán el Grande, y tu servidor no es mejor que el polvo de la tumba de tu perro, pero te equivocas. No maté al tigre, es verdad, ¡pero escucha! Te he traído la piel del hombre que acumuló cinco millones de piezas de oro y andaba en busca de más.

El Rey empuñó el quitapenas, y mientras le rebanaba la cabeza a Camaraladín, dijo:

—Aprende, miserable, las consecuencias del celo desmedido. Si no hubieras molestado al millonario, él hubiera devorado al tigre.

42. La Fortuna y el Fabulista

Un Fabulista atravesaba un bosque solitario cuando se topó con la Fortuna. Muy asustado, trató de subir a un árbol, pero la Fortuna lo retuvo y lo acorraló con cruel insistencia.

—¿Por qué intentaste escapar? —dijo la Fortuna cuando los gritos y los movimientos del hombre cesaron—. ¿Por qué me miras de una manera tan hostil?

—No sé qué eres —respondió el Fabulista, muy alterado.

—Soy riqueza, soy respetabilidad —explicó la Fortuna—, soy casas elegantes, un yate y una camisa limpia todos los días. Soy ocio, soy viajes, vino, un sombrero con brillo y un abrigo sin brillo. Soy dinero suficiente para comer.

—Está bien —susurró el Fabulista—, pero, por favor, baja esa voz.

—¿Por qué? —preguntó la Fortuna, sorprendida.

—Para no despertarme —respondió el Fabulista mientras se le dibujaba en el rostro una calma perfecta.



43. Méritos inútiles

Un Candidato que recorría su distrito buscando votos se encontró con una niñera que llevaba a un Bebé en un cochecito. Se inclinó y le estampó a la criatura un beso en el pegajoso hocico. Al levantar la cabeza, el Candidato observó a un Hombre que se reía.

—¿Por qué te ríes? —preguntó el Candidato.

—Porque —respondió el Hombre— el Bebé pertenece al Asilo de Huérfanos.

—Pero la Niñera —dijo el Candidato—, la Niñera hablará en todas partes de este conmovedor incidente y tal vez escriba a su anterior amo.

—La Niñera —dijo el Hombre que se había reído— está internada en el Instituto para Analfabetos Sordomudos.

44. El Deportista y la Ardilla

Un Deportista que había herido a una Ardilla que hacía desesperados esfuerzos por escapar arrastrándose, la persiguió con un palo gritando:

—¡Pobrecita! La sacrificaré para que no sufra más.

En ese momento la Ardilla, agotada de tanto correr, se detuvo, y mirando a su enemigo dijo:

—No me atrevo a dudar de la sinceridad de tu compasión, que es un poco tardía, pero creo que careces de la facultad de la observación. ¿No te dicen mis acciones que mi mayor deseo es seguir sufriendo?

Desenmascarada su hipocresía, el Deportista sintió tanta vergüenza y remordimiento que no se atrevió a golpear a la Ardilla, pero se la señaló al perro y se alejó de allí pensativo.

45. El Salteador de Caminos y el Viajero

Un Salteador de Caminos se enfrentó a un Viajero, y apuntándole con un arma de fuego gritó:

—¡El dinero o la vida!

—Mi buen amigo —dijo el Viajero—, según los términos de tu exigencia mi dinero me salvará la vida y mi vida me salvará el dinero; sugieres que te quedarás con una cosa o con la otra, pero no con ambas. Si es eso lo que quieres decir, por favor ten la bondad de quitarme la vida.

—No es eso lo que quiero decir —aseguró el Salteador de Caminos—; entregando la vida no podrás salvar el dinero.

—Entonces quítamela igual —dijo el Viajero—. Si no me sirve para salvar el dinero, ¿para qué la quiero?

El Salteador de Caminos quedó tan encantado con la filosofía y el ingenio del Viajero que le propuso formar una sociedad, y tan espléndida combinación de talento dio como fruto la fundación de un periódico.



46. Dos Políticos

Dos Políticos intercambiaban ideas acerca de las recompensas de la función pública.

—El premio que más deseo —dijo el Primer Político— es la gratitud de mis conciudadanos.

—Eso sin duda debe de ser muy gratificante —dijo el Segundo Político—, pero para obtenerla no hay más remedio que retirarse de la política.

Por un instante los dos se miraron con indescriptible ternura; entonces el Primer Político murmuró:

—¡Hágase la voluntad divina! Ya que no hay esperanzas de recibir ese premio, conformémonos con lo que tenemos.

Y sacando la mano derecha del tesoro público, juraron darse por satisfechos.

47. La rana tirana

A una Víbora que estaba tragando una rana se le acercó un Naturalista con un palo.

—Ay, mi salvador —dijo la Víbora lo mejor que pudo—, ha llegado justo a tiempo; como puede ver, este batracio, al que no he provocado en lo más mínimo, se me está metiendo en la boca.

—Señora —dijo el Naturalista—, necesito una piel de víbora para mi colección, pero si no me hubiera dado esta explicación no la habría interrumpido, ya que me pareció que estaba cenando.

48. El Patriota y el Banquero

Un Patriota que había ingresado a un cargo público siendo pobre y se había retirado rico, entró en un banco donde deseaba abrir una cuenta.

—Con mucho gusto —dijo el Honrado Banquero—. Será para nosotros un placer hacer negocios con usted, pero primero deberá volverse honrado y restituir lo que robó desde el Gobierno.

—¡Dios mío! —exclamó el Patriota—; si hago eso no tendré nada que depositar en su banco.

—Yo no veo así las cosas —respondió el Banquero Honrado—. No somos todo el pueblo norteamericano.

—Ah, entiendo —dijo el Patriota, pensativo—. ¿Cuál es, según sus cálculos, la suma perdida por este banco dentro de lo que he quitado al país?

—Aproximadamente un dólar —dijo el Honrado Banquero.

Y con la orgullosa seguridad de servir sabia y correctamente a su país, descontó esa suma de la cuenta del Patriota.

49. El salvador

Una Anciana Dama, de pie en el borde de un muelle, cerca de un Joven Zagal, repetía:

—¡Noble protector! ¡La vida que has salvado es tuya!

Después de decirlo varias veces, con diferentes entonaciones, la dama saltó al agua, donde se ahogó.

—Soy un noble protector —dijo el Joven Zagal, pensativo, alejándose—; la vida que he salvado es, sin duda, la mía.

50. Talismán

Convocado a integrar un jurado, un Destacado Ciudadano envió un certificado médico donde se afirmaba que ese Ciudadano sufría reblandecimiento cerebral.

—Se exime al caballero —dijo el Juez, devolviendo el certificado a la persona que lo había llevado —: tiene cerebro.

51. El yerno deseable

Una Persona Verdaderamente Piadosa que dirigía una caja de ahorros y que había prestado dinero a sus hermanas y a sus primos y a sus tíos y tías, fue abordada por un Andrajoso, que solicitó un préstamo de cien mil dólares.

—¿Qué garantía tiene para ofrecer? —preguntó la Persona Verdaderamente Piadosa.

—La mejor del mundo —respondió el solicitante, muy confiado—; me voy a convertir en su yerno.

—Sería entonces una inversión de bajo riesgo —dijo el banquero con voz grave—, pero ¿qué méritos tiene para pedir la mano de mi hija?

—Uno difícil de rechazar —dijo el Andrajoso—. Voy a valer cien mil dólares.

Incapaz de detectar un solo punto débil en ese esquema de mutua conveniencia, el financista dio al promotor disfrazado un cheque por el dinero y escribió una nota a su mujer ordenándole que quitara a la muchacha del inventario.



52. El Escritor y el Vagabundo

Un Escritor Ambicioso, que se distinguía por el estado de su ropa, subía por el camino de la fama cuando se encontró con un Vagabundo.

—¿Qué le pasa a tu camisa? —preguntó el Vagabundo.

—Lleva las marcas de la indiferencia suprema, que es la característica de los genios —respondió el Escritor Ambicioso, en tono despectivo, mientras se alejaba.

Un poco más tarde, mientras descansaba al borde del camino, el Vagabundo grabó en la tierna cáscara de un abedul las palabras «Juan Zopenco, Campeón de Genios».

53. La economía de los fuertes

Un Hombre Débil que iba cuesta abajo se encontró con un Hombre Fuerte que subía, y dijo:

—No voy en esta dirección por decisión propia sino porque requiere menos esfuerzo. Le ruego, señor, que me ayude a regresar a la cima.

—Con mucho gusto —dijo el Hombre Fuerte, con el rostro iluminado por un glorioso pensamiento—. Siempre he visto mi fortaleza como un don sagrado al servicio de mi prójimo. Lo llevaré conmigo. Póngase detrás y empuje.

54. El Optimista y el Cínico

Un hombre que había experimentado los favores de la fortuna y era Optimista se encontró con un hombre que había experimentado a un optimista y era Cínico. El Cínico se apartó del camino para que pasara el Optimista en su carruaje de oro.

—Hijo mío —dijo el Optimista, deteniendo el carruaje de oro—, por tu cara parece que no tuvieras un solo amigo en el mundo.

—No sé si lo tengo o no lo tengo —respondió el Cínico—, porque el mundo es tuyo.

55. El árbitro indiferente

Dos Perros que habían estado peleando por un hueso, sin que ninguno consiguiera imponerse, llevaron la disputa a una Oveja. La Oveja escuchó con paciencia ambas declaraciones y después arrojó el hueso a un charco.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntaron los Perros.

—Porque —respondió la Oveja— soy vegetariana.





AESOPUS EMENDATUS



56. El Labrador y sus Hijos

Un Labrador que estaba a punto de morir y que sabía que durante su enfermedad sus Hijos habían permitido que el viñedo se cubriera de malezas mientras jugaban con el médico, les dijo:

—Muchachos, hay un gran tesoro enterrado en el viñedo. Cavad en la tierra hasta encontrarlo.

Y los Hijos cavaron y arrancaron todas las malezas y todas las vides, e incluso se olvidaron de enterrar al viejo.

57. El Lobo y el Cordero

Un Cordero, perseguido por un Lobo, se refugió en un Templo.

—Si te quedas ahí, el sacerdote te atrapará y te sacrificará —dijo el Lobo.

—Que el sacerdote me sacrifique o que tú me comas son la misma cosa —explicó el Cordero.

—Amigo mío —dijo el Lobo—, resulta doloroso verte considerar tan importante asunto desde un punto de vista puramente egoísta. Para mí no son la misma cosa.



58. La Gata y el Joven

Una Gata se enamoró de un hermoso Joven y suplicó a Venus que la transformara en mujer.

—Pensé —dijo Venus— que para un cambio tan insignificante bien te las podrías arreglar sin molestarme. Pero no importa: que seas mujer.

Después, deseando ver si el cambio era completo, Venus hizo que se acercara un ratón, ante lo cual la mujer se puso a gritar e hizo tanto escándalo que el joven no quiso casarse con ella.

59. La Cigarra y la Hormiga

Un día de invierno una Cigarra hambrienta pidió a una Hormiga un poco de la comida que ésta había almacenado.

—¿Y por qué —dijo la Hormiga— tú no almacenaste comida también, en vez de cantar todo el tiempo?

—Lo hice —dijo la Cigarra—, lo hice; pero vinisteis vosotras, las hormigas, y os llevásteis todo.

60. El Labrador y la Zorra

Un Labrador que sentía un implacable y mortal odio a cierta Zorra, la atrapó y le ató un trozo de estopa a la cola; después la llevó al centro de su propio campo sembrado, prendió fuego a la estopa y dejó escapar al animal.

—¡Ay! —dijo el Labrador al ver el resultado—. Si esa cosecha no estuviera tan bien asegurada no me quedaría más remedio que disimular mi odio a la Zorra.

61. La Zorra y las uvas

Una Zorra, al ver un racimo de uvas verdes que colgaba a una pulgada de su nariz, incapaz de admitir que existía algo que no le gustaba comer, declaró solemnemente que estaban fuera de su alcance.

62. La Gallina y las Víboras

Una Gallina que pacientemente había empollado una nidada de víboras fue abordada por una Golondrina que le dijo:

—Qué tonta eres: dar vida a criaturas que te premiarán aniquilándote.

—Yo misma soy un poco aniquiladora —dijo la Gallina, engullendo tranquilamente uno de los pequeños reptiles—; y no está nada mal aprovechar las exquisiteces de la estación.

63. La Verdad y el Viajero

Un Hombre que viajaba por un desierto se encontró con una Mujer.

—¿Quién eres —preguntó el hombre—, y por qué vives en este sitio tan inhóspito?

—Me llamo Verdad —respondió la Mujer—, y vivo en el desierto para estar cerca de mis adoradores cuando sienten la necesidad de apartarse de los demás hombres. Todos vienen aquí, tarde o temprano.

—Bueno —dijo el Hombre, mirando alrededor—, no parece éste un sitio muy poblado.

64. El Hombre y el Perro

A un Hombre que había sido mordido por un Perro le dijeron que se le curaría la herida si mojaba un trozo de pan en la sangre y se lo daba al Perro. Hizo lo que le sugerían.

—No —dijo el Perro—; si aceptara eso podrían pensar que, al morderte, actué movido por motivos innobles.

—¿Y cuáles fueron entonces tus motivos?

—Deseaba —respondió el Perro— armonizar con el Divino Esquema de las Cosas. Soy hijo de la Naturaleza.



65. El Ladrón arrepentido

Un Niño a quien la Madre había enseñado a robar, al hacerse hombre se convirtió en funcionario público. Un día lo sorprendieron con las manos en la masa y lo condenaron a muerte.

Cuando iba hacia el cadalso pasó por delante de la Madre y le dijo:

—¡Mira lo que has hecho! Si no me hubieras enseñado a robar no estaría ahora metido en esto.

—¡Tienes razón! —dijo la Madre—. Pero, dime, ¿quién te enseñó a que te descubrieran?

66. El León y la Espina

Un León que vagaba por el bosque se clavó una espina en una pata, y al encontrar a un Pastor le pidió que se la sacara. El Pastor aceptó, y el León, que acababa de hartarse con otro pastor, se marchó sin hacerle daño. Tiempo después, por una falsa acusación, el Pastor recibió la condena de ser arrojado a los leones en el anfiteatro. Cuando lo iban a devorar, uno de los animales dijo:

—Éste es el hombre que me sacó la espina de la pata.

Al oír eso los demás, muy honrados, se abstuvieron, y el que había hablado se comió solo al Pastor.

67. El León y el Jabalí

Un León y un Jabalí que se disputaban el agua de un charco vieron que por encima de ellos giraban con elocuencia unos buitres.

—Dejemos de pelear —dijo el Jabalí—; de lo contrario, esos sujetos acabarán con uno de los dos.

—No me importaría mucho —dijo el León— si ese uno fuera el debido. Pero estoy dispuesto a dejar de pelear, y tal vez pueda, incluso, cazar un buitre. Después de todo me gusta más el pollo que el cerdo.

68. El León, el Gallo y el Asno

Un León iba a atacar a un Asno que rebuznaba cuando sonó, allí cerca, el cacareo estridente de un Gallo, y el León echó a correr.

—¿Qué lo ha asustado? —preguntó el Asno.

—Mi voz produce un terror supersticioso a los Leones —respondió el Gallo, orgulloso.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el Asno, meneando la cabeza—: hay que pensar que un animal que se asusta de tu voz y que no abomina de la mía debe de tener un oído bastante especial.



69. La Dama Fortuna y el Viajero

Un fatigado Viajero que se había quedado dormido en el borde de un profundo pozo fue hallado por la Dama Fortuna.

—Si este tonto —dijo la Dama Fortuna— tuviera una pesadilla y cayera al pozo, la gente diría que fui yo la causante. Resulta doloroso verse tan injustamente acusada, así que me encargaré de que eso no suceda. Dicho eso empujó al hombre al pozo.

70. El Lobo y los Pastores

Un Lobo que pasaba por delante de una cabaña de Pastores miró y vio a los pastores cenando dentro.

—Acércate —dijo uno de ellos, irónico—, y comparte con nosotros tu plato favorito, pierna de oveja.

—Gracias —dijo el Lobo, alejándose—, pero habéis de disculparme: acabo de comer un cuarto trasero de pastor.

71. El Ganso y el Cisne

Cierto hombre rico crió un Ganso y un Cisne, el primero para la mesa y el segundo por su reputación de buen cantor. Una noche, cuando el Cocinero fue a matar al Ganso, atrapó en cambio al Cisne. El Cisne, para persuadirlo de que le salvara la vida, se puso a cantar; pero eso no evitó nada, fuera del trabajo de matarlo, ya que el canto lo llevó a la muerte.

72. El Milano, las Palomas y el Halcón

Unas Palomas amenazadas por un Milano pidieron a un Halcón que las defendiera. El Halcón aceptó, y tras ser recibido en el corral, esperó al Milano. Al llegar éste se le echó encima y lo devoró. Cuando estuvo tan saciado que apenas podía moverse, las agradecidas palomas le arrancaron los ojos.

73. La Serpiente y la Golondrina

Una Golondrina que había hecho el nido en un tribunal de justicia crió una espléndida familia de polluelos. Un día salió una Serpiente de una grieta en la pared y estaba a punto de comérselos. El Justo Juez dictó en el acto un mandamiento judicial, ordenando trasladarlos a su propia casa, y él mismo se los comió.

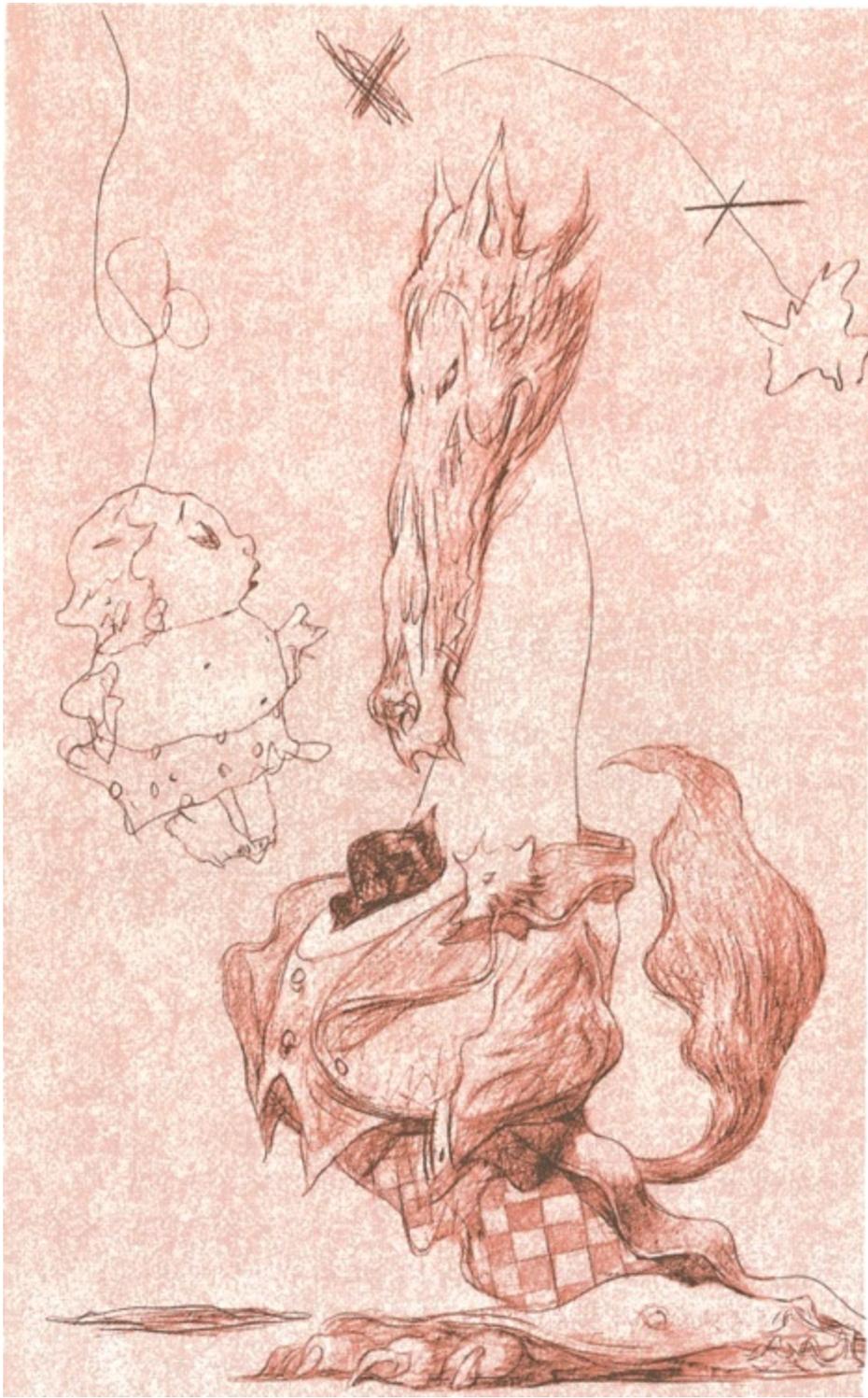
74. El Arquero y el Águila

Un Águila mortalmente herida por un Arquero sintió un gran alivio al descubrir que la pluma que llevaba la flecha era una pluma suya.

—De veras hubiera sido muy desagradable —dijo— pensar que había otra águila metida en esto.

75. El Viento Norte y el Sol

El Sol y el Viento Norte discutían tratando de establecer quién era más poderoso, y acordaron que sería declarado vencedor quien pudiera primero desnudar a un viajero. Esperaron entonces hasta que apareció uno. Pero el viajero había sido suficientemente indiscreto como para quedarse a pasar la noche en un hotel de veraneo, y no llevaba ropa.



76. El Lobo y la Criatura

Un Lobo Hambriento, al pasar por la puerta de una casa en el bosque, oyó que una Madre le decía a su Criatura:

—Cállate o te tiraré por la ventana y los lobos te comerán.

El Lobo esperó entonces todo el día debajo de la ventana, cada vez más hambriento. Pero por la noche el Viejo, al volver de la taberna del pueblo, tiró por ella a la Madre y a la Criatura.

77. El Boyero y el León

Un Boyero que había perdido un buey suplicó a los dioses que le llevaran al ladrón, y les prometió el sacrificio de una cabra. En ese instante se acercó al Boyero un León, chorreando por la boca sangre de buey.

—Os agradezco, buenas deidades —dijo el Boyero, continuando sus oraciones—, que me hayáis mostrado al ladrón.

Y ahora, si me lo lleváis de aquí, os prometo otra cabra.

78. El Perro y el Reflejo

Un Perro que atravesaba un arroyo sobre un tablón, vio su propio reflejo en el agua.

—¡Bestia fea! —gritó—. ¿Cómo te atreves a mirarme de ese modo insolente?

Lanzó un zarpazo al agua, y agarrando lo que, supuso, era el labio del otro perro, levantó un buen trozo de carne que un hijo de un carnicero había tirado a la corriente.

79. El Lobo y el Avestruz

Un Lobo, que al devorar a un hombre se había atragantado con un manajo de llaves, pidió a un Avestruz que le metiera la cabeza en la garganta y se las sacara. El Avestruz aceptó.

—Supongo —dijo el Lobo— que esperas un pago por tu servicio.

—Una buena acción —respondió el Avestruz— contiene su propia recompensa; me comí las llaves.

80. El Corcel de Guerra y el Molinero

Enterado de que el Estado iba a ser invadido por un ejército hostil, el Corcel de Guerra de un Coronel de la Milicia ofreció sus servicios a un Molinero que pasaba por el lugar.

—No —dijo el patriótico Molinero—, no emplearé a nadie que deserte de su posición en la hora del peligro. Es dulce morir por la patria.

El sentimiento le resultaba conocido, y al mirar al Molinero con más atención el Corcel de Guerra reconoció a su amo disfrazado.

81. El León y el Toro

Un León que deseaba atraer a un Toro a un sitio donde le resultaría fácil atacarlo, dijo:

—Amigo mío, he matado una excelente oveja. ¿Por qué no vienes y compartimos la carne?

—Con mucho gusto —dijo el Toro—, en cuanto hayas descansado. Mientras, por favor, come un poco de hierba.

82. El Hombre y la Víbora

Un Hombre encontró una Víbora congelada y se la puso contra el pecho.

—La frialdad del corazón humano —dijo, con una sonrisa— la conservará en las presentes condiciones hasta que llegue a casa y la reanime en las brasas.

Pero los placeres de la esperanza le encendieron de tal modo el corazón que la Víbora se descongeló, y tras deslizarse hasta el suelo saludó cortésmente al hombre y se marchó a toda velocidad.





83. El León y el Ratón

Un León que había cazado un Ratón estaba a punto de matarlo cuando el Ratón dijo:

—Si me perdonas la vida, algún día yo también haré algo por ti.

El León, bondadoso, lo dejó ir. Poco tiempo después sucedió que unos cazadores atraparon al León y lo ataron con cuerdas. El Ratón, al pasar por el lugar y ver que su benefactor estaba desvalido, le royó la cola.

84. El Viejo y los Hijos

Un Viejo, castigado con una familia de Hijos pendencieros, llevó a casa un manojo de varas y pidió a los jóvenes que lo rompieran. Después de repetidos esfuerzos le confesaron que no podían.

—He aquí —dijo el Viejo— la ventaja de la unidad; mientras estas varas están aliadas, resultan invencibles, pero ved lo débiles que son individualmente.

Sacó una del manojo y la rompió con facilidad en la cabeza del Hijo mayor. Después repitió la acción hasta que todos estuvieron servidos.

85. El Hombre y su Gansa

—Ved estos valiosos huevos de oro —dijo un Hombre que tenía una Gansa—. Una Gansa que pone esos huevos sin duda tiene dentro una mina de oro.

El Hombre mató entonces a la Gansa y la abrió, pero descubrió que era como cualquier otra gansa. Además, al examinar los huevos que había puesto descubrió que no eran diferentes de otros huevos.

86. El Cangrejo y el Hijo

Un Cangrejo Lógico le dijo al Hijo:

—¿Por qué no caminas hacia delante? Esa manera de moverte hacia el lado no es nada elegante.

—¿Y por qué tú mismo no caminas hacia delante? —dijo el Hijo.

—Joven descarriado —respondió el Cangrejo Lógico—, no metas en la conversación cosas nuevas que no vienen al caso.

87. La Montaña y el Ratón

Una Montaña estaba de parto, y la gente de siete ciudades se había reunido a mirar los movimientos y escuchar los quejidos. Mientras esperaban con tensa curiosidad, salió de ella un Ratón.

—¡Ah, qué bebé! —se burló la gente.

—Quizá sea un bebé —dijo el Ratón, muy serio, atravesando la selva de tobillos—, pero sé muy bien cómo diagnosticar un volcán.

88. La Liebre y la Tortuga

Una Liebre que había ridiculizado los lentos movimientos de una Tortuga, fue desafiada por ésta a disputar una carrera en la que un Zorro, situado en la meta, oficiaría de juez. Salieron al mismo tiempo, la Liebre al máximo de velocidad y la Tortuga, que no tenía otra intención que obligar a su antagonista a realizar un esfuerzo, sin ninguna prisa. Después de caminar un rato, la Tortuga descubrió a la Liebre tendida al borde del camino, aparentemente dormida, y al ver en eso una oportunidad de ganar la carrera se esforzó al máximo, y llegó a la meta horas más tarde, muy fatigada y atribuyéndose la victoria.

—No, te equivocas —dijo el Zorro—; la Liebre estuvo aquí hace rato y volvió al camino a darte ánimos.





89. El Hombre y el Águila

Una vez un Hombre capturó a un Águila y le cortó las alas y la puso en el corral, con las gallinas. El Águila se sentía muy deprimida por el cambio.

—¿Por qué no te alegras? —dijo el Hombre—. Como águila no eras más que un ser común y corriente, pero como gallo eres un ave de incomparable distinción.





SIERRAS VIEJAS CON DIENTES NUEVOS



90. El León y el Ratón

Un Juez fue despertado por el ruido de un fiscal que acusaba a un Ladrón. Montando en cólera, ya iba a condenar al Ladrón a cadena perpetua cuando éste último dijo:

—Le ruego que me deje en libertad; algún día le devolveré el favor.

Contento y halagado por el soborno, aunque sólo era una promesa hueca, el Juez lo puso en libertad. Poco después descubrió que era más que una promesa hueca pues, convertido ahora en Ladrón, fue salvado por el otro que ahora era Juez.

91. El Asno y los Saltamontes

Un Estadista oyó cantar a unos Obreros mientras trabajaban, y deseando también ser feliz les preguntó cuál era el secreto.

—La honradez —respondieron los Obreros.

El Estadista decidió entonces que también él sería honrado, y lo que consiguió fue morir en la miseria.

92. El Asno con Piel de León

Un miembro de la Milicia del Estado se había instalado en una esquina de una calle, donde miraba a todos con fiero ceño, y las personas que pasaban por el lugar hacían un largo rodeo para evitarlo, pensando en los horrores de la guerra. En un momento, para causar aún más terror, el hombre echó a andar hacia la gente, pero se enredó las piernas en la espada y cayó sobre los campos de gloria, y entonces todos le pasaron por encima cantando las más dulces canciones.

93. La Zorra, el Oso y el León

Los Ladrones que habían robado un Piano y que no conseguían dividir adecuadamente el botín decidieron recurrir a la ley, y continuaron la disputa mientras pudo cada uno robar un dólar para sobornar al juez. Cuando no tuvieron más que ofrecer, apareció un Hombre Honrado que por una única y reducida suma obtuvo una sentencia favorable y se llevó el Piano a casa, donde lo usó su hija para desarrollar los músculos de los bíceps hasta convertirse en una famosa boxeadora.

94. Los Jóvenes y las Ranas

Algunos directores de periódicos estaban ocupados en difundir la inteligencia general y elevar el sentimiento moral del público. Hacía algún tiempo que trabajaban en eso cuando un Estadista Eminente sacó la cabeza del pozo de la política y, hablando en nombre de los miembros de su profesión, dijo:

—Amigos, os suplico que desistáis. Sé que con eso ganáis mucho dinero, ¡pero tened en cuenta el daño que hacéis a los negocios de otros!

95. El Pescador Flautista

A un Director que siempre se jactaba de la pureza, la iniciativa y la valentía de su periódico le apenaba observar que no conseguía suscriptores. Un día se le ocurrió dejar de decir que su periódico era puro y emprendedor y valiente y convertirlo en eso. «Si no son buenas cualidades —razonó—, es una tontería proclamarlas».

Con la nueva política consiguió tantos suscriptores que sus rivales se esforzaban por descubrir el secreto de su prosperidad, pero él se lo guardó, y al morir se lo llevó consigo a la tumba.



96. La Lechera y la Cántara

Un Senador se entregó a las siguientes meditaciones: «Con el dinero que obtendré por mi voto a favor del proyecto para subvencionar criaderos de gatos, podré comprar un juego de herramientas de ladrón y abrir un banco. El producto de esa empresa me permitirá conseguir un largo barco negro, enarbolar la bandera de la calavera y las tibias y dedicarme al comercio en alta mar. Con las ganancias de esa actividad podré pagar la Presidencia, que a 50.000 dólares por año me dará en cuatro años...».

Pero tanto tardó en hacer el cálculo que el proyecto para subvencionar criaderos de gatos pasó sin su voto y no tuvo más remedio que volver honrado ante sus electores, atormentado por una conciencia limpia.

97. La Cigarra y las Hormigas

Algunos Miembros de una Asamblea Legislativa estaban haciendo un inventario de su riqueza al final de la sesión cuando apareció un Minero Honrado y les pidió que la repartieran con él. Los Miembros de la Asamblea preguntaron:

—Y tú ¿por qué no adquiriste propiedades?

—Porque —respondió el Minero Honrado— estaba tan ocupado sacando oro de la tierra que no tuve tiempo para acumular nada de valor.

Los legisladores se burlaron entonces del Minero, diciendo:

—Si pierdes el tiempo en diversiones infructuosas no puedes, naturalmente, aspirar a compartir las recompensas de la laboriosidad.

98. La Liebre y la Tortuga

De dos Escritores uno era brillante pero indolente; el otro, aunque aburrido, era laborioso. Los dos partieron hacia la meta de la fama con idénticas oportunidades. Antes de morir, el brillante había sido traducido a setenta idiomas como autor de sólo dos o tres novelas y libros de poemas, mientras que el otro recibió un homenaje del Departamento de Estadísticas de su patria por compilar dieciséis volúmenes de información tabulada sobre el cerdo doméstico.

99. Las Liebres y las Ranas

Al enterarse de que eran los peores ladrones del mundo, los Miembros de la Asamblea Legislativa decidieron suicidarse. Compraron mortajas y las pusieron en un sitio adecuado mientras se preparaban para degollarse. Cuando estaban afilando los cuchillos, unos Vagabundos que pasaban por el lugar robaron las mortajas.

—Vivamos, amigos —dijo uno de los Legisladores a los demás—; el mundo es mejor de lo que pensábamos. Hay en él peores ladrones que nosotros.





AMBROSE BIERCE (Ohio, 1842 - ¿1914?). Escritor, periodista y editor estadounidense, prestó servicios en el Ejército de la Unión durante la Guerra Civil, en la que fue herido de gravedad. Su primer cuento, «The Haunted Valley», fue publicado en 1871 en la revista *Overland Monthly*. En 1877 inauguró su famosa columna «Prattle» en el semanario *Argonaut*. En 1887 empezó a trabajar para los periódicos de William Randolph Hearst y su fructífera relación duró más de veinte años, período en el que su envenenada pluma combatió la impostura de políticos, predicadores, abogados, racistas, capitalistas, poetas, anarquistas e inescrupulosos de todo tipo. La prosa de Bierce — heredero literario de Poe, Melville y Hawthorne— se caracteriza por la lucidez y el cinismo y cierta fascinación por el horror y la muerte. Entre sus obras sobresalen *Cuentos de soldados y civiles* (1891), *El monje y la hija del verdugo* (1892) y *El diccionario del diablo* (1906).

La muerte de Ambrose Bierce está rodeada de incertidumbre. A fines de 1913, a los 71 años, viajó a México, en plena Revolución, y en su última carta dice que va a trasladarse a Ojinaga, ciudad donde unos días después se libró una sangrienta batalla. Bierce escribió: «Debe de ser horrible morir entre sábanas; si Dios quiere, a mí no me ocurrirá».